

Luis García Ballester, profesor en Granada: un recuerdo personal

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA (*)

BIBLID [0211-9536(2002) 22; 481-484]

Este es un recuerdo apresurado y emocionado, la carta de gratitud que nunca le escribí a Luis. No fuimos amigos, sino compañeros de trabajo, consideración que debo a su generosidad, puesto que, naturalmente, nuestro contacto se inició con la distancia que imponía la autoridad del saber, el arcano de técnicas (las de la erudición grecolatina) inalcanzables para un alumno procedente de un bachillerato de Ciencias y médico recién licenciado, así como el tesoro de nombres propios, de instituciones y de episodios intelectualmente relevantes en la disciplina de Historia de la Medicina, tan familiares para el maestro y tan deslumbrantes y fascinantes para el aspirante a doctor al que Luis García Ballester acogió como becario en la cátedra de Granada en 1976. Durante los seis años siguientes me ayudó a crecer por mí mismo, con indicaciones y consejos; nunca me impuso ni un tema ni un método, pero me animó continuamente a hacerlo bien, a trabajar a fondo, a buscar estímulos intelectuales en la relación con personas o grupos externos. Y su ánimo fue siempre contagioso; cuando de trabajo se trataba, se convertía en un auténtico agitador. Su manera de plantear los problemas de investigación, la rápida visión de un proceso de búsqueda y elaboración que era capaz de producir a partir de una idea, engarzándolo todo en un contexto universal e hispano de la disciplina, era sencillamente subyugadora.

(*) Esteban Rodríguez Ocaña. Catedrático de Historia de la Ciencia. Facultad de Medicina. Universidad de Granada. 18071 Granada. E.mail: erodrig@ugr.es.

Mi primer recuerdo suyo es cinco años anterior a mi instalación como becario, cuando, recién llegado él, y siendo el único profesor permanente presente en la Facultad a última hora de la tarde de un día cualquiera de la semana, entró en un aula donde los alumnos habíamos acordado encerrarnos por una de aquellas acciones de protesta tan habituales en los últimos años del franquismo. Vino, conociendo que la policía amenazaba con interrumpir la acción estudiantil, para pedirnos que no diéramos pie a la exhibición de la fuerza bruta, convencidos, nosotros con él, de la superioridad moral de nuestros argumentos. Luis fue el primer profesor de la Facultad y prácticamente el único de quien recuerdo, entre 1969 y 1976, un discurso democrático público.

Dos años después, Luis impartía una de las asignaturas optativas que nuestro novedoso Plan de estudios (Plan 1970) exigía en lo que comenzó a llamarse Primer ciclo, «Sociología de la Medicina». Fue mi primera experiencia de Seminario, esto es de un lugar para la formación que era espacio de libertad intelectual, de crítica y de discusión; donde el trabajo no era algo repetitivo y libresco, sino el producto de una investigación y una experiencia personal tutelada a distancia por el profesor, quien sugería y escuchaba, pero dejaba la iniciativa a sus alumnos. Cuando la rápida modificación del plan acabó con las optativas, la experiencia de los seminarios (entendidos de aquella manera, y no como clases complementarias para impartir los temas a que no daba tiempo el horario lectivo regular, interpretación adelantada en años subsiguientes por el claustro de nuestra Facultad) sólo pervivió en Historia de la Medicina, y creo que algunos de los miembros más jóvenes del actual área de Historia de la Ciencia en Granada podrán rastrear en ellos su vocación profesional.

La habilidad docente de Luis, capaz de decir un tema en los últimos cinco minutos de la clase, cuando ya el ordenanza había anunciado respetuosamente aquello de «Señor profesor, la hora», después de haber tenido al público embelesado en sus disquisiciones sobre la actualidad de la medicina, la ciencia y la cultura española y universal, no encontraba detractores más que entre los espíritus metódicos, entrenados en conseguir un temario en limpio con sus apuntes de clase. Yo asistí a sus clases de Historia de la Medicina sólo después de mi graduación, pero no pude dejar de reconocer, desde mi perspectiva de apren-

diz, el valor metodológico de relacionar con el presente los más abstrusos problemas del pasado, ¿no eran acaso explícitos los consejos de Sigerist, de Ackerknecht, de Rosen, con que aprendimos a justificar un quehacer historiográfico comprometido?

En dos episodios marcados por la represión de la dictadura, Luis intercedió por mi bien ante las autoridades civiles y militares con su testarudez habitual y aquella suficiencia suya, casi suicida, con la que se enfrentaba a la sinrazón. Tal vez nunca se lo agradecí, más allá de un formalismo, pero, en el conflictivo último trimestre del año 1975, junto con las gestiones del entonces decano Miguel Ciges, fueron la única muestra de solidaridad recibida del estamento profesoral en un trance hartamente difícil. Debe quedar claro, por fidelidad histórica, que esa implicación política de Luis no pasó, en mi presencia, de la preocupación y la sensibilidad por las grandes cuestiones: libertad, amnistía, autonomía. Luis lucía una llamativa ignorancia de lo más cotidiano y pedestre, fuera cine o pasillo, excepto los vericuetos de la organización universitaria, que dominó como nadie y que usaba sin recato en su favor o en el de los suyos, acudiendo al funcionario competente sin vacilar, elevando su caso a la oficina más pertinente, o dirigiéndose a la autoridad responsable con todo el calor de su exaltación verbal.

Nunca perdió un minuto en intrigas palaciegas. Su vida académica fue ejemplo de colaboración con la institución universitaria ante todo porque cumplía con el trabajo propio y con la parte de responsabilidad científica y administrativa que correspondía al área, hasta extremos puntillosos y llamativos en un contexto en nuestra Facultad de escasa preocupación por lo que no fuera el orden público y la carrera personal; lo que él llamaba «las pequeñas miserias», seguramente ineludibles para el devenir diario, no le implicaron nunca o casi nunca. Su estrategia no se regía por el próximo acuerdo de facultad o de Junta de gobierno, sino por el logro de la excelencia profesional. Tenía una conciencia de compromiso social de la enseñanza y la investigación, así como una fe en sus efectos salutíferos propias de un ilustrado pasado por la Institución Libre de Enseñanza. Si, recientemente, hemos sido advertidos de que la idea de profesión cambió el contenido de la historiografía médica (véase Burnham, J. C. *How the Idea of Profession Changed the Writing of Medical History*, Londres, 1998, p. 139), entre

otros, gracias a Luis García Ballester, es preciso admitir que dicho movimiento intelectual fue parejo a la asunción personal, a la reivindicación expresa de un estatus profesional diferenciado para el historiador de la medicina y de la ciencia.